

## CAPITULO I

### INTRODUCCION

Son tres los conceptos claves que definen el desarrollo de este documento: museo, arqueología y cultura. La relación que guardan plantea la interpretación como medida de aproximación para comprender los significados sociales de la evidencia material, de allí que resulte una nueva alternativa museográfica que esté más en contacto con un público espectador pero activo, y precisamente como el título de este trabajo, se retome de nueva cuenta la arqueología dentro de los museos.

La definición de museo, planteada en el artículo tercero de los estatutos del ICOM de 1994, que sigue siendo la más difundida y aceptada es la de ser una institución permanente, sin finalidad lucrativa, al servicio de la sociedad y de su desarrollo, abierto al público, que adquiere, conserva, investiga, comunica y exhibe para fines de estudio, de educación y de deleite, testimonios materiales del hombre y de su entorno (Olvido 2001: 33), y que en palabras de Tilley (1998: 322) también es la conexión institucional más grande entre la profesión arqueológica y el público en general por ser uno de los principales instrumentos de formación del conocimiento y recolección de un pasado. Sin embargo, no existe un museo ideal puesto que su formación en distintas partes del mundo

está regida por circunstancias sociales, políticas y económicas a través del tiempo (Hooper-Greenhill 1992: 191).

Por otro lado, la arqueología es una subdisciplina científica de la antropología que Bahn (1992: 28) define como la encargada del estudio del pasado a través de la recuperación sistemática y del análisis de la cultura material, cuyos principales retos son recuperar, describir y clasificar esos materiales, describir la forma y comportamiento de sociedades pasadas, y finalmente entender los procesos que llevaron a ello.

La cultura, entendida como un compuesto de conocimientos, creencias, costumbres y cualquier otro hábito o capacidad adquirida por el ser humano como miembro de una sociedad concreta, hacen que ésta sea considerada como activa, constituyendo un significado que puede ser expresado en palabras y acciones tanto como en cosas que hacen posible su interpretación (Beaudry 1996: 497). En ocasiones existe el riesgo de que las interpretaciones formuladas a partir de una cultura material puedan ser degeneradas, por ignorancia o para causar alguna especie de sensacionalismo (Stone 1997: 27-28), ya que los objetos no tienen un valor en sí mismos sino que son portadores del valor que las personas les atribuyen —sea por su valor como materia prima, por su valor en la calidad de su manufactura o por su valor simbólico—, pero sí constituyen el soporte material de un significado que los trasciende y que varía de acuerdo con las circunstancias de cada época (Calvo 1966: 87). Es importante, sin embargo, reconocer la labor del arqueólogo como un traductor del pasado o como un mediador entre el pasado y el presente, con diferentes perspectivas que van de lo específico a lo general (South 1997: 55).

Una parte esencial del proceso de investigación del pasado es que la información constantemente se está reinterpretando con base a inferencias (Jameson 1997: 15) pues la producción de una verdad o de un conocimiento es un proceso que opera a lo largo del tiempo (Hooper-Greenhill 1992: 192). Además, hay que tomar en cuenta que existen una serie de prejuicios que el investigador lleva consigo debido a su carga social, política y cultural que darán diferentes matices a la observación de lo que se encuentre en el presente (Riegel 1996: 85).

El pasado cultural, dentro de los ideales de la ciencia —objetiva, práctica y metodológica—, no debería estar desvinculado del presente o plantearse simplemente como algo exótico, sino formularse como parte de un continuo histórico o al menos tratarse como un momento adaptativo en la historia humana a través de ideas de desarrollo y procesos sociales comunes ligados con el presente. Si bien el pasado histórico no se representa en su totalidad dentro de un museo, sí se puede considerar que la evidencia arqueológica pueda ser interpretada de manera que sea significativa en términos sociales.

Esta idea parte del concepto de que los museos se concentran en dos grandes tipos: aquellos donde los objetos son los que orientan la finalidad de la práctica museística y aquellos donde son los sujetos quienes lo hacen. Maya Lorena Pérez-Ruiz (1999: 17-22) realiza un contraste entre ambos y explica que mientras en los primeros la finalidad principal y razón de existir son la colección y la conservación de objetos sin generar ninguna intermediación entre ellos y su público, generando un medio propicio para su consagración, los segundos se avocan a que los objetos funcionen como medios para conseguir finalidades sociales, es decir, se coleccionan, se preservan y se exponen

bienes culturales para entender procesos sociales que contribuyan al desarrollo social y fortalezcan la cultura y la identidad, entre otros objetivos, que sin embargo son también objeto de cuestionamientos de centralismo, burocracia, así como de omnipresencia y espectacularidad.

Por lo regular, las piezas que integran un museo son recreadas como objetos descontextualizados de un proceso social, desligándolas de la práctica y teoría arqueológica (Tilley 1998: 323-324), pues se presentan como objetos de valor por sí mismos y no por ser productos de un trabajo personal, divorciando su significado del pensamiento creativo, y por ende, dejando al público como un consumidor cultural pasivo. Es necesario pues, la elaboración de proyectos museísticos que involucren el entendimiento científico del pasado a partir de un registro arqueológico que promuevan una interpretación social de la cultura material dentro de una exhibición.

El presente trabajo está comprendido por seis capítulos que contienen temas arqueológicos, históricos y museográficos para comprender los procesos involucrados en la creación de una muestra museística a partir de un registro arqueológico. Siendo la introducción el primer capítulo, en el segundo se aborda la problemática interpretativa que surge a partir de los distintos discursos que se elaboran a partir de las piezas arqueológicas que se exhiben dentro de un museo, me enfoco en la escuela de pensamiento arqueológico postprocesualista porque su idea principal es plantear que la cultura sólo puede ser entendida en base a significados que dependen de ciertos contextos y el uso de historias que involucren tanto a artefactos como a personas.

En el capítulo tres se desarrolla una síntesis histórica de los tipos de exhibición arqueológica que se han hecho dentro del Museo Nacional de Antropología (MNA),

desde los primeros coleccionistas y hasta finales del año 2000, y su relación con el tema de identidad nacional, de tal manera que se puedan comparar los tipos de exhibiciones para poder conocer los cambios que han habido a lo largo del tiempo.

El capítulo cuatro relata un breve recuento histórico-arqueológico sobre Paquimé para poder hacer un contraste en cuanto a los objetivos e intereses entre la arqueología de campo y la que es aplicada en un museo, contenido del capítulo cinco, que en suma describe los aspectos prácticos para montar una exhibición museística y la museografía del sitio en cuestión dentro del MNA.

En el capítulo seis se proporciona un resumen y visión de los puntos clave de la interpretación temática, así como casos de la misma aplicados en diferentes medios visuales, que avala la presentación de una sala alternativa de exhibición museística de Paquimé para presentar la arqueología del sitio como un tema socialmente comprensible.

Ya para concluir se presenta un recuento de la cultura institucional y el proyecto de nación y su relación con la investigación arqueológica en México, así como nuevas preguntas que han quedado para la posteridad para quien considere necesario hacer un trabajo más profundo.

La metodología usada para esta tesis estuvo básicamente enfocada en la observación presencial del trabajo del arqueólogo en el museo, a manera de un tipo de etnografía moderna del curador, y la consulta bibliográfica de varios libros, artículos y revistas relacionados con el tema, que ciertamente escasean en México, en bibliotecas tales como la del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, la del MNA y la de la UDLA-P, y a través de cursos y ponencias entre los años 2000 y 2001. En el primer caso, mi participación en el museo comenzó durante el mes de enero del 2000

cuando me entrevisté con el Maestro Felipe Solís, Subdirector de Arqueología del MNA, para que me brindara la oportunidad de trabajar en el Proyecto de Reestructuración del mismo. Posteriormente, me entrevisté con el Dr. Ernesto González Licón, curador de la Sala de Arqueología del Norte de México en aquel entonces, para poder quedar aprobada como colaboradora. Durante el tiempo que estuve trabajando con el Dr. González, realizamos revisiones de informes arqueológicos, referidos por los distintos centros regionales del INAH ubicados en el norte de México, para poder “traducirlos” a su versión en cédulas; consultamos el catálogo y la colección de piezas arqueológicas del MNA para escoger las adecuadas para la exhibición (se hizo un nuevo cedulario para ubicar más fácilmente cada pieza); platicamos sobre problemáticas y posibilidades para este tipo de exhibiciones y contactamos con diferentes especialistas para el préstamo y restauración de las piezas que integrarían la sala. El proceso de la exhibición museística de la sala del Norte de México duró más de un año.

En fin, este trabajo es un intento para disuadir mentes sobre la importancia que tienen los museos como principales instrumentos de formación del conocimiento y recolección de un pasado que pretende también elaborar una teoría crítica del museo en relación con la arqueología.